

rey de Túnez, que se hicieron parricidas por reinar. Supo muy bien que Fernando Maximiliano no ha recibido siclos del templo de Baal para hacerse seguir de gente soez y libertina como el ambicioso Abimelec.

Y continuando el apólogo de Joatan, observaremos que si los árboles, pidiendo rey, dijeron á la oliva, reina sobre nosotros, la oliva respondió: ¡Por ventura habré de abandonar mi exquisita esencia de la que usan los dioses y los hombres, por venir á reinar sobre los árboles de las selvas! Y en verdad, á primera mirada conocemos que reinar es morir el que reina; trabajando asiduamente, sacrificándose para los demas.

Reinar en México donde están relajados todos los resortes de la autoridad, donde hay harpías liberticidas que todo lo contaminan, díganlo las discordias de todos los gobernadores de los Estados, las cuestiones llamadas de familia y los *clubs*: donde hay Eumenides demagógicas que en el vértigo de su continuo furor todo lo debastan, díganlo las exacciones de todo linage, y continuas que comprendieron hasta á los menestrales. ¡Reinar en México un Fernando Maximiliano, que goza tantos bienes en el Austria! Su amor á la sabiduría, su espíritu de constante estudio en los viajes, sus dorados palacios, el reposo siempre tranquilo al lado de una esposa querida, los futuros posibles con relacion á las coronas de la Europa. ¡Ha de abandonarlo todo por venir á lidiar con las parcas debastadoras de México republicana?

Hay sin embargo una contestacion victoriosa, la resignacion del hombre justo que se entrega sin reserva en manos de aquel Soberano único que sabe darle á David con el reino de Judá tambien el trono de Israel: y que si despues hay una sedicion, por Seva el hijo de Bochri, sedicion tremenda que le divide el reino, tambien sabe vencer á Seva el hijo de Bochri en el sitio de Abella, donde una mujer desde el muro presenta á Joab, general de David, la muestra perentoria de la derrota del sedicioso. La soberanía monárquica, es de Dios una soberanía participada....

Para que sea llevado á su feliz consumacion el nombramiento que en Fernando Maximiliano hizo la Asamblea de Notables, colocó la misma en las manos de la Purísima Virgen María de Guadalupe la suerte de la nacion entera, pidiéndole el acierto en negocios de tanta trascendencia. La Santísima Virgen, pues, como Madre del Soberano de las naciones, allanará los obstáculos, y hará que una nacion sobre la que se ha verificado una de las desgracias que anuncian los Libros Santos, cuando dicen: "*Leon rugiente y oso voraz es un príncipe impío sobre un pueblo empobrecido*:" sí, hará que una nacion tantos años trabajada por sus desventuras, vea por fin el colmo de sus ansias en la fundacion de un trono con un vástago digno de la casa de Austria, para vivir venturosos y felices mas que en los tiempos de aquel Carlos, prín-

cipe famoso de la misma casa, el vencedor de Pavía, el que se vistió de luto por los desmanes del condestable de Borbon, el que obligó á Soliman I á levantar el sitio de Viena, el vencedor de Mulverg, el que supo reflejar sus glorias sobre las colonias americanas, neutralizando los extragos de la conquista.

¡Pero qué digo! La Virgen Madre, la linda Guadalupana, hará mas todavía; transformará á Fernando Maximiliano en un Othoniel, juez supremo del pueblo de Israel, que libertó á su nacion de la esclavitud que por ocho años le impuso Cusan, rey de Mesopotamia: el tirano fué vencido y los hijos de Israel disfrutaron por ocho lustros los esclarecidos bienes de la paz. Esta hermosa Virgen hará que Fernando Maximiliano sea como aquel rey Josaphat, que mandó príncipes, sacerdotes y levitas hasta los mas remotos confines de Judá, para que inculcasen al pueblo el Libro de la Ley. Sí, nuestra singular protectora hará que Fernando Maximiliano sea como un rey Ezequías, que gobernó con ciencia divina, que derrotó á los filisteos, desde Gaza hasta sus confines, desde la torre de las guardias hasta la ciudad amurallada, y que destruyó los lugares excelsos y los bosques consagrados á los ídolos.

Tú sabes, Virgen adorada, cuántos ídolos hay en México: á quienes en esta última era de la impiedad demagógica se les han ofrecido en el siglo diez y nueve, en medio de las capitales, y á la luz de esos cielos, ¡lo creeréis, hermanos míos! sacrificios de humanas víctimas. ¡Cuáles son esos ídolos, me preguntaréis, por ventura! Miradlos. El ídolo de la codicia, que es la fuente peremne de todos los males. El ídolo de la ambicion, que con los vicios mas degradantes suplanta la virtud y el mérito. El ídolo de la licencia y de la mentida libertad. El ídolo de la impureza, que tantas lágrimas ha costado á las familias y á los pueblos. El ídolo del sacrilegio, que derrumba los templos y dilapida cuanto á Dios se ha consagrado. En una palabra, el ídolo de la revolucion, que todo lo devora. Estos ídolos tendrá el emperador que derribar, persiguiendo las saturnales que la soberanía demagógica les dedicó.

No me digais, señores, ni aun lo penseis siquiera, que el lenguaje con que reseño los crímenes de la impiedad demagógica, es un lenguaje duro en demasía. Decid mejor, si queréis expresar la verdad y hablar con exactitud, decid que son duros y nefandos los excesos, de que yo muy parco, no expongo ni aun la mitad.¹

1 Muy de propósito, entre los innumerables crímenes cometidos por la demagogia, omito las horribles profanaciones que ella hizo de la adorable Eucaristía, porque es muy triste reseñarlos, siendo tantos y tan abominables: y porque seria desearse no hacer de ellos nunca mencion, para que la incauta juventud no sospechase de ellos ni aun la existencia. Pero si los omito yo, hablan de ellos hasta las

¿Qué hace un naturalista que tiene que describir los hábitos y costumbres de un tigre de la Hircania? Pintará acaso para realizarlo, los hábitos y costumbres de un armiño, de un cordero, de una paloma? Si así lo hiciese, faltaria al ministerio sagrado de la verdad, y entonces seria la causa de que el incauto niño y aun el hombre robusto se presentasen ante el tigre de la Hircania sin ninguna precaucion, queriendo tratarlo como cumple á la paloma, al cordero ó al armiño. El lenguaje, menester es que corresponda á la verdad que expresa, son los hechos relatados los que le dan el ser.

Suponiendo, pues, que es fuerte el lenguaje con que no recrimino, sino reprendo los crímenes de la impiedad demagógica, por sostener la moral y para cautela de los individuos de nuestra nacion: recordad cuál es el lenguaje que para reprender á los escribas y fariseos empleó el Salvador.

Nunca ha dejado Su Divina Magestad de ser la mansedumbre por esencia y la dulzura sin tasa: y siéndolo echaba en cara á los escribas y fariseos que diezmaban el eneldo y abandonaban las obligaciones mas graves de la ley, el juicio, la misericordia, la fé. ¡Hay de vosotros, hipócritas, decia Su Excelsa Magestad, que limpiais por fuera el cáliz, y por dentro estais llenos de inmundicia y de rapiña! Desgraciados de vosotros, que semejantes á los sepulcros blanqueados, que aparecen hermosos á los ojos, y por dentro están repletos de huesos de muertos y de toda suciedad, pareceis justos á la vista, y rebosais de hipocresía y de iniquidades. Desgraciados de vosotros, añadia aún, que edificais los sepulcros de los profetas y adornais los monumentos de los justos, y decís: Si hubiéramos existido en los tiempos de nuestros padres, no fuéramos sus socios en la sangre de los profetas. Así es que por vuestro mismo testimonio sois los hijos de los homicidas de los profetas. Llenad, pues, la medida de vuestros padres. Serpientes y generacion de vívoras, ¿de qué modo evitareis el juicio del tormento? Sobre vosotros vendrá toda la sangre de los justos que ha sido derramada en la tierra, desde la sangre de Abel, hasta la sangre de Baraquias, á quien vosotros matásteis entre el vestíbulo y el altar.

En otra ocasion, cuando los escribas y fariseos le decian al Salvador: Sal, y vete de aquí, porque Herodes te busca para quitarte la vida, Su Divina Magestad les contestó: Idos, y decid á aquella vulpeja, que yo lanzo los demonios y doy la salud, hoy, mañana y pasado mañana, y que no me saldré, porque no se concibe que el profeta perezca fuera de Jerusalem. Con este duro lenguaje dirigido contra un rey, defendia el Salvador su poder divi-

paredes de los templos, hablan los pueblos escandalizados y hablan nuestras lágrimas derramadas en los retiros que no pudiese mirar la demagogia, evitando así que las castigase.

no: así ostentaba su soberanía en medio de la espléndida capital de la Palestina.

Este es, señores, el lenguaje divino del Salvador: de él aprendieron sus discípulos, como un Pablo y un Estévan, y es á la verdad, el modelo que debe usar el sacerdote cristiano, cuando tiene que censurar los vicios de una sociedad corruptora.

Ni me digais que para reprender en el púlpito los crímenes de la soberanía demagógica, es muy suave el lenguaje con que Natan reconvenia á David y que de él solo debe usarse. No lo digais por vida vuestra. ¡Por qué! Porque aquel apólogo de la oveja que se alimentaba en el regazo del infeliz y que parece ser el circunloquio con que el Profeta atempera la acrimonia de la reprobacion, es el medio mas adecuado para reagrar el peso de la reconvencion hecha al rey por el homicidio y el adulterio. Sí, toda la fuerza del apólogo, tan conmovedor y tan tierno como él es, se reconcentra en la tremenda frase de Natan: *Tu es ille vir.*

Pero observad aún el principal trabajo de la Asamblea, levantar el edificio de la monarquía sobre la base indestructible de la religion católica.

La soberanía de los anarquistas quiso destruir la religion para colocar sobre sus escombros la república exagerada, y con tan absurdo fin desterró á los prelados diocesanos, á esos ancianos venerables, sin mas delito que ser los atletas del Santuario; disipó todo linaje de monasterios; redujo á la mendicidad á los sacerdotes que no decapitó; arrojó de sus sagrados asilos á las esposas de Jesucristo, apropiándose sus mas insignificantes haberes; en una palabra, derrumbó todas las piedras del templo de Dios, estableciendo el reinado de la negacion de todo lo bueno. . . .

Hasta los pueblos gentílicos, como Aténas y como Roma, sostuvieron siempre el principio religioso: los primeros, edificando áras al dios desconocido, que veneraban los sábios jueces del areópago; y los segundos proclamando en cada instante la santidad de los dioses inmortales.

Escudriñad, señores, los fastos del mundo, andad al Oriente y al Occidente, al Septentrion y al Medio-dia, encontraréis ciudades sin leyes, sin puertas y sin muros, pero no encontraréis un solo pueblo sin religion y sin sacerdocio. Los fundadores de imperios como Rómulo y Mahomet, plantearon sus instituciones sobre el principio religioso. Los mismos tiranos mas abominables, como Neron, Dioclesiano y Tiberio, si no hicieron la escepcion imprescindible respecto de la religion única verdadera, ellos creyeron que el imperio romano no podia florecer ni tampoco existir sin la base de la religion que estaba consolidada en su país, y conforme á esta creencia obraron. Y aun el mismo Robespierre, cuando se juzgó dueño de la Francia, en medio de sus deli-

rios tributó homenajes al Sér Supremo, á pesar de que los eclipsó con la perversidad de la diosa razon.

¡Qué ceguedad era, pues, aquella que ostentaban los soberanos demagogos, cuando tiranizaron á México, en perseguir sin cuartel la religion de sus padres, y en sembrar sobre los pueblos aterrorizados ruinas sobre ruinas, para poder decir como los gentiles del tiempo de Tácito: *christiano nomine ubique deleta*, es decir, para aniquilar en México el catolicismo? ¡Qué ceguedad es la de la soberanía demagógica que no mira los ejemplos tan salientes de las naciones, las creencias de los pueblos mas insignificantes, entre quienes es comun la verdad de aquel racionio: si los dioses no cuidan de nosotros para que les levantemos por donde quiera los templos, para que les edifiquemos altares, para que los imploramos elevando al cielo nuestras manos?

Hay, señores, entre nosotros un hecho palpitante, que vemos consolidado en medio de las persecuciones del gobierno que acabó y que nunca se ha repetido suficientemente. ¡Oh, y con qué delicia lo recordamos! Este es que la mayoría inmensa de la nacion mexicana profesa el catolicismo, como la religion única verdadera.

Solo no la profesan entre nosotros aquellos desgraciados, que regenerados un dia con las aguas del bautismo católico, no han querido desarraigat de sus almas las malezas de detestables pasiones y de perniciosos vicios, dejando á sabiendas que aquellas y que éstos ahoguen en su corazon las tradiciones paternas y los principios de su educacion verdaderamente católica. Estos desdichados, al entrar en el templo donde entre indefinibles delicias hicieron su primera comunión, no adoran ya como antes adoraban al Dios del templo, sino el oro y la plata de sus altares.

La Asamblea, pues, como era de esperarse, al declarar la monarquía para que sea el sistema gubernativo de su país, debió sin vacilar fundarlo sobre el principio católico. Sea una y mil veces para bien á esa Asamblea, porque ha sabido, para gloria de su nombre y para provecho de su patria, formar la antítesis mas acabada con la impiedad demagógica. Esta pretendió destruir la obra de Dios, la consolidacion de mas de tres centurias, perseguir la verdad, cerrando los ojos á la luz clarísima que arrojan de sí todas las naciones cuando sobre el principio religioso edifican ó consolidan los gobiernos que han de ser estables. Los individuos de la Asamblea reparan por lo mismo los quebrantos que la funesta demagogia ha causado, y se hacen acreedores á las bendiciones de los pueblos agradecidos, como dignos representantes de sus intereses católicos.

¡Qué haria la nacion entera, si sus representantes, los de la Asamblea de Notables, hubiesen trabajado para agostar las aguas

de vida y de salud que dimanan con ímpetu de las caudalosas vertientes del Calvario?

Pero si me preguntais, señores, por ventura, ¿no perdonaremos nosotros á la demagogia que hemos visto compuesta de los enemigos acérrimos de la religion y de la patria? Sí, yo os contesto con toda la energía de mi alma; sí, sí les perdonamos los gravísimos males que ellos en su frenesí del aniquilamiento religioso, nos han causado. Así nos lo manda esta religion divina que ha cuidado en su acuerdo la Asamblea de Notables. Así nos lo enseñó el Autor celestial de esta religion sacrosanta, cuando pendiente de tres clavos en un duro leño perdonó á sus enemigos: nosotros, pues, perdonamos á los enemigos de la religion y de la patria.

Mas este perdon tan sincero como él es, no nos autoriza para brindarles con la ocasion de que repitan las grandes ofensas que ellos han perpetrado. Este perdon tan sincero como él es, no nos enmudece, despojándonos del uso lícito de la palabra. Nosotros debemos, á semejanza del Salvador, cuando se trata, no de las injurias contra nosotros mismos, sino de las que se cometen contra la religion y contra la patria, no poner la otra mejilla para que multipliquen los golpes nuestros adversarios. No, Jesucristo cuya palabra nunca estuvo distante del ejemplo, no presentó la otra mejilla al ministro del pontífice, cuando siendo herido Su Divina Magestad, defendia los derechos sacrosantos de su Divinidad ultrajada. En esa vez fué cuando el Cordero, que segun la profecía de Isaías, no habia de abrir la boca, prorumpió diciendo: "*Si mal he hablado, muéstrame en qué; y si no, ¿por qué me hieres?*" A nosotros, al defender los inviolables derechos de la religion y de la patria, no nos es lícito permitir, enmudeciendo, que esos horribles delitos se reiteren. Debemos clamar incesantes, y como el clarín, levantar la voz y anunciarle á Israel sus maldades. Este es el divino mandato.

Hasta nuestro postrimer aliento debemos estar repitiendo: Si es divina nuestra religion, ¿por qué la perseguís! Este deber produce nuestra alegría, cuando vemos á la Asamblea sancionando la monarquía sobre una religion como la católica.

¡Oh Iglesia Santa de Jesucristo! triunfaste por medio de la Asamblea general de Notables, como tambien por ese ejército glorioso de la Francia, que Dios proteja y bendiga. ¡Oh religion celestial! ¿cuántas veces en los tenebrosos dias de esta revolucion sangrienta, viste á tus hijos morir en el patíbulo como endulzando los horrores de su muerte, al tomar en sus lábios ya lívidos, tu nombre encantador, sacrosanto? Así triunfabas entonces bajo los auspicios de la soberanía de Dios que todo lo endereza á la exaltacion de su gloria.

Pero ahora no menos ha triunfado nuestra religion divina con

de

